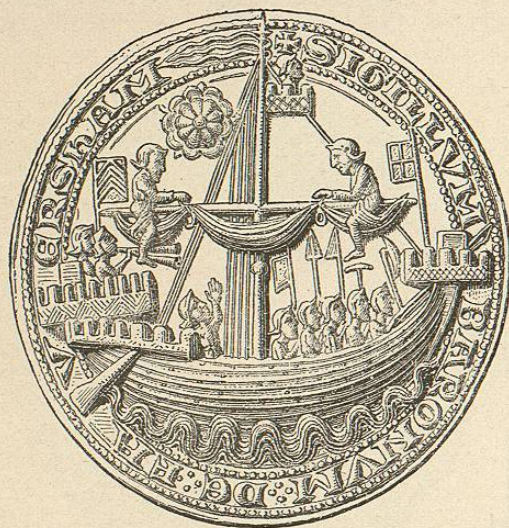


la energía ni la perseverancia necesarias para continuar hasta el fin por el camino que le trazaba el interés de Alemania. Al lado de esto, cometió la imprudencia de conceder al rey de Inglaterra el cargo de vicario del imperio para la izquierda del Rin, poniendo así aquellos territorios á disposición del inglés, en particular las ciudades de Flandes, que de esta manera quedaron separadas completamente del imperio.

En otoño del año 1339 la guerra, que ningun artificio diplomático podía evitar, estalló simultáneamente en la Gascuña, en Flandes y en el mar. En el mar eran los ingleses muy inferiores á los franceses, que poseían una gran escuadra, reforzada con otra de Génova. Eduardo III, en un notable manifiesto que dirigió al pueblo francés en este primer estadio de la guerra, á principios del año 1340, confesó que



Sello de los barones de Faversham, representando un buque del siglo XIV.—Tamaño natural.

Se conserva en el Real archivo secreto del Estado, en Berlín

en aquella lucha pugnaban entre sí dos principios políticos enemigos, y dijo que emprendía la guerra, no solamente en defensa de su derecho á la corona de Francia, sino también para librar á la Francia de los males que le había causado la usurpación de los Valois, añadiendo que deseaba oír el consejo del pueblo francés. De esta manera Eduardo III apelaba á la clase media, especialmente á las ciudades francesas, que disgustadas del renovado dominio de la clase noble miraban con envidia la libertad y el estado floreciente de sus hermanas de Flandes y deseaban conquistar una posición semejante. A pesar de esto, el llamamiento del rey de Inglaterra no encontró por lo pronto eco. En cambio, en el verano del año 1340 las armas inglesas obtuvieron el primer triunfo notable con la brillante victoria que en 24 de junio alcanzó su escuadra á la altura de la fortaleza de Ecluse sobre la armada franco-genovesa, que engañada por una retirada fingida del enemigo había soltado las cadenas con que había unido sus buques para formar con ellos una línea impenetrable. Por tierra no hubo acción decisiva; ambas partes deseaban una tregua, y Eduardo III se declaró dispuesto á renunciar á sus derechos al trono de Francia á cambio de una indemnización; pero no llegaron á entenderse las partes.

En esto hubo un nuevo choque entre los intereses de las dos naciones en otro terreno, y este choque renovó la guerra. Con Juan III extinguióse en abril de 1341 la descendencia masculina de los duques de Bretaña. Pretendían la sucesión Juana, sobrina de Juan III, casada con Carlos de

Blois, sobrino de Felipe VI, y el hermanastro del difunto, Juan de Montfort. Francia, atendiendo al interés de la casa de Valois, tomó partido por Juana, de suerte que defendía en Bretaña la sucesión de las hembras, que no admitía en el trono de su país. Inglaterra, no menos inconsecuente, tomó partido por Juan de Montfort contra la sucesión de las hembras, en la cual Eduardo III fundaba su derecho á la corona de Francia. En la Bretaña la victoria estaba decidida á favor de los franceses cuando el papa Clemente VI interpuso su mediación para que se efectuase un armisticio entre los dos beligerantes; pero la persecución de los partidarios de Inglaterra por los vencedores fué considerada por Eduardo III como una infracción del convenio, y renovó las hostilidades, tomando esta vez la guerra mayores proporciones que antes.

En el Sur estaba todo en fermentación; en la Bretaña se levantaron en armas los partidarios de Inglaterra, y en la Flandes se mantuvo fiel y adicto á esta potencia el partido del pueblo, acudido por Jacobo de Artevelde. El rey Eduardo III creyó que uniría permanentemente este país al suyo nombrando conde de Flandes á su hijo el príncipe de Gales, cuando justamente en Flandes, base de operaciones de los ingleses en la guerra contra Francia, ocurrió entonces un cambio que puso en gravísima crisis la situación de Inglaterra. Motivos económicos y sociales habían introducido en los gremios discordias, las cuales se enconaron tanto que la influencia y autoridad de Artevelde fueron insuficientes para calmar los ánimos. Artevelde perdió un gran número de partidarios, irritados de su relación íntima con el rey de Inglaterra, y del proyecto de nombrar al hijo de éste conde de Flandes, lo cual pareció á las masas una traición al país, que ya se veía entregado á un rey extranjero. Suscitóse una gran revuelta; el pueblo se alzó en 19 de julio de 1345 y se apoderó en el tumulto de Artevelde y le mató, perdiendo con él la causa inglesa su apoyo más valioso. A esta pérdida se agregó la muerte del conde Guillermo IV de Holanda y del Henao, cuñado de Eduardo III. Por el mismo tiempo, volvió David Bruce con el auxilio francés á Escocia, la cual se sublevó de nuevo contra el dominio inglés, y el pusilánime emperador Luis, en lugar de cumplir sus promesas, negociaba miserablemente en Aviñon con el Papa, mientras trataba simultáneamente de apropiarse como dominio particular la Holanda y el Henao, como si fuera otro enemigo del rey de Inglaterra. Finalmente, amenazó transformar toda la situación en perjuicio de Inglaterra la proclamación de un nuevo rey de Alemania, rival de Luis, á consecuencia de las intrigas del Papa, de Francia y de la casa de Luxemburgo. Al mismo tiempo, surgieron en Inglaterra dificultades interiores; el comercio y la marina sufrieron grandes pérdidas que les causaron los corsarios franceses y genoveses, y estallaron también diferencias entre el rey Eduardo III y el parlamento, que reclamaba del monarca la reposición de altos funcionarios destituidos por sospechas infundadas. El rey tuvo que ceder y conformarse con que en adelante todo par de Inglaterra estuviese bajo la jurisdicción exclusiva del parlamento, es decir, de la corporación formada por sus pares ó iguales. Este nuevo ensanche de las atribuciones del parlamento aumentó su influencia y autoridad y robusteció su posición considerablemente. En su consecuencia, se impuso á todos los altos funcionarios la obligación de jurar fidelidad á la Magna Carta, es decir, á la constitución, y de dar cuenta de su gestión al parlamento. Con este sacrificio del poder real cesó el conflicto; pero en cambio el parlamento y la nación entusiasmados indemnizaron al rey facilitándole tan abundantes y eficaces recursos, que pudo no solamente alejar los peligros que por todas partes

le asediaban, sino también alcanzar una serie de triunfos brillantes.

Seguro del entusiasmo de su pueblo, pasó Eduardo III el canal de la Mancha con un ejército cuya fuerza no consistía únicamente en los nobles con sus contingentes sino también en los contingentes de vecinos armados de las ciudades inglesas. Con estas fuerzas atacó en otoño del año 1346 la Normandía, pero no pudo tomar á Ruen, que bien fortificada y mejor defendida, rechazó todos sus ataques. Para compensar el mal éxito de esta empresa marchó sobre París por la orilla izquierda del Sena, y aunque su ejército no era muy numeroso, su aproximación causó una impresión grandísima. Felipe VI llamó á las armas, apresuradamente, á todos sus vasallos y reunió un ejército de 60,000 hombres, entre ellos nada menos que 8,000 caballeros armados de pies á cabeza con sus monturas. Jamás había visto la Francia un ejército tan imponente y tan lujosamente armado, que parecía realizar y renovar los ensueños más brillantes de la época de la caballería. Desde muy lejos, para tomar parte en la lucha contra los tenderos y artesanos flamencos é ingleses, habían acudido muchos nobles aventureros y hasta el ciego rey Juan de Bohemia y su hijo Carlos, que se titulaba rey de Alemania y había ido á la corte de Francia para solicitar el auxilio de Felipe VI contra su rival y sus partidarios. También llegaron el rey de Mallorca, Jaime II, soberano aficionado á aventuras y correrías, y otros por el estilo. Eduardo III no se atrevió á hacer frente á tan formidable ejército con sus escasas fuerzas y emprendió la retirada. Luego que pasó el Sena, tomó la dirección del Noroeste, seguido de cerca por el enemigo, el cual, seguro de la victoria, ardía en deseos de librar batalla é inquietaba á los ingleses con continuos ataques. Cuando el ejército inglés, peleando en retirada, llegó al Somme encontró rotos los puentes, pero descubrió un vado y llegó felizmente á la otra orilla. Esta operación causó en la marcha un retardo que permitió á los franceses aproximarse hasta tocar á los ingleses, y cuando éstos, rendidos de fatiga, hicieron un descanso protegidos por un bosque cerca de Crecy, se arrojó el enemigo sobre ellos. Entonces, mal de su grado, tuvieron que aceptar la batalla, y ésta fué la célebre jornada de Crecy. El 25 de agosto de 1346 los ingleses, formados en tres líneas en una posición defensiva bien elegida, y auxiliados eficazmente por algunas piezas de artillería, rechazaron el ataque de la caballería francesa, á la cual los arqueros de Gales causaron terribles bajas. Aprovechando la confusión, atacaron entonces los ingleses y rompieron la primera línea enemiga, la cual, arremolinada, se arrojó en completo desorden sobre la segunda, mientras los robustos ciudadanos ingleses y flamencos mataron á millares de enemigos aterrorizados, que en sus pesadas armaduras no podían parar los repetidos y mortales golpes que sus contrarios les asestaban. En vano fué que Felipe VI se lanzara á combatir cuerpo á cuerpo y con valor incomparable en lo más espeso de la pelea; le fué imposible dar otro giro á la batalla, la cual duró hasta que la noche se extendió por el campo sembrado de cadáveres. Entonces no tuvo más remedio que emprender con los restos de su ejército la retirada. Las pérdidas de los franceses fueron espantosas, porque se dice que tuvieron más de 25,000 bajas; 1,600 caballeros y 4,000 escuderos nobles yacían muertos en el campo, bañados en su sangre. Apenas hubo familia noble en Francia que no tuviera que llorar uno ó más miembros suyos, muertos en esta jornada. Entre los muertos estaba también el rey de Bohemia; su hijo Carlos estaba herido. Mas funesta que las inmensas pérdidas de vidas, fué para la nobleza (y no solamente para la francesa) la impresión moral que causó esta famosa jornada, en la cual quedó vencida por gente del pueblo y de la clase arte-

sana y media la caballería feudal, que engreída poco antes con sus privilegios y superioridad se había erguido orgullosa y extendido la mano para recobrar su antigua posición dominante. El desastre de Crecy le quitó toda su pretendida gloria, y hasta pudo parecer á los pueblos contemporáneos un juicio y un castigo de Dios. El nuevo elemento político y social, la clase media, cuya fuerza radica en la masa del pueblo, había vencido á la caballería y con ella á toda una era condenada á desaparecer con su organización política y social. El nuevo elemento había demostrado que era el primer poder llamado á regir en adelante, pues en Crecy la fuerza del municipio venció al feudalismo y la democracia humilló á la aristocracia.

Partió la gloria de esta jornada con el rey Eduardo III su joven hijo Eduardo, príncipe de Gales, llamado desde entonces el príncipe Negro por el color de la armadura que llevaba en aquella memorable batalla. No obstante sus 16 años, ha-



Moneda de oro de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia.

Anverso.—Inscripción circular: † IOHANNES † DEI † GRA(tia) † BOEMIORVM † REX. El rey, sentado en un trono riquísimo, apoya la mano izquierda en el escudo flordelisado.

Reverso.—Es casi idéntico al de la moneda de oro de Luis el Bávavo que se ha reproducido en la página 381. (La acuñación de estas monedas es una imitación de las francesas contemporáneas.—Tamaño natural.—Ejemplar rarísimo que se conserva en el Gabinete Numismático de Berlín.)

bia contribuido mucho á la victoria con su resistencia al violento ataque del enemigo, superior, y luego con su ataque propio, impetuoso é irresistible.

El desastre de Crecy no tuvo directamente las consecuencias funestas para la Francia que era de esperar, porque para explotar la victoria y conquistar la Francia necesitaba Eduardo III lo que había perdido con el cambio ocurrido en Flandes, es decir, una plaza fuerte en el continente que conservara la comunicación libre entre Inglaterra y Francia y le sirviese de base de operaciones. A este fin dirigióse Eduardo contra Calais, á la cual puso sitio; pero Calais se defendió valerosamente durante casi un año y no se rindió hasta principios del mes de agosto de 1347. Los habitantes fueron obligados á evacuar la ciudad, que fué repoblada con ingleses.

Entretanto la curia de Aviñon, que temía por su posición propia si la Francia quedaba demasiado debilitada, trabajaba activamente para restablecer la paz; pero solo consiguió una tregua, que, sin embargo, fué más adelante prorrogada repetidas veces, sin entrar positivamente en vigor ni en la Bretaña ni en la Guiana.

En aquel tiempo aumentó la miseria general una calamidad espantosa: la peste negra, que introducida de Levante en los puertos de Italia se extendió desde allí á toda Europa causando centenares de millares de víctimas y llevando en su séquito el hambre y todas las humanas miserias. Los efectos desmoralizadores de esta plaga amenazaron acabar completamente con el orden social, tan conmovido ya. Mientras los unos acusaban á los judíos de ser autores de la peste para vengarse de los cristianos, y se armaban contra aquellos



nfelices haciéndoles sufrir atrocidades indecibles, otros veían en tantos desastres y calamidades la mano de Dios que castigaba al mundo corrompido, y le exhortaban á la penitencia. Entonces se vieron en todas partes devotos que en interminable procesion recorrian los países azotándose, como los flagelantes, y rezando y cantando salmos, fanatismo que haciéndose contagioso aumentó el espanto del pueblo, desconcertado ya por los continuos sobresaltos que no le dejaban vivir.

En tales circunstancias se efectuó en Francia un cambio aciago de soberano en la persona del delfín Juan, el primero que ha usado este título de delfín, que desde entonces quedó reservado al heredero de la corona de Francia. En el año 1349 hizo Felipe VI un convenio con Humberto II, el último conde de Vienne, que acababa de perder á su único hijo, y que cedió á la corona de Francia, en cambio de una suma de



Inicial de un documento en que Eduardo III concede la Aquitania en feudo á su hijo el príncipe de Gales, llamado también el príncipe Negro.—Consérvase este documento en el Museo Británico.

dinero, su rico Estado, situado entre el Ródano y los Alpes. El rey de Francia había dado este condado á su hijo Juan en feudo y éste había adoptado el título de Delfín, que los nobles condes de Vienne habían llevado hasta entonces.

Este rey Juan, que reinó desde 1350 hasta 1364, era, no obstante el desastre de Crecy, mas partidario todavía que su padre Felipe VI de la caballería y de sus tendencias feudales. Estaba destinado este partido incorre-

gible á continuar todavía dueño del destino de Francia, y en este sentido sostuvo y aumentó con su insolente soberbia nobiliaria sus exigencias. Oprimió y esclavizó á las ciudades, que agobiadas bajo el peso de impuestos y gabelas se hicieron focos de una oposicion exasperada, y menos que nunca quisieron los nobles hacer la paz con Inglaterra, sobre todo cuando el poder real de Francia se había ensanchado en el Mediodía con los dominios de Humberto II y además con Montpellier y su territorio, vendidos por el rey Jaime II de Mallorca á la corona de Francia. Con esta adquisicion la Francia tenía en el Sur una base de operaciones mejor que antes contra Inglaterra. Al propio tiempo, el gobierno francés había conseguido con sus intrigas en Flandes una situación mas favorable. El conde Luis, hombre casquivano y derrochador, estaba en lucha como siempre con las ciudades, y por otra parte las dos mas principales de éstas, Gante, dirigida por Felipe, hijo de Jacobo de Artevelde, y Brujas, el centro del comercio de toda Flandes, se hacían cruda guerra. Tan importantes fueron las ventajas que consiguió el conde Luis, que llegaron á ser hasta amenazadoras para Inglaterra. Pero lo que el rey Juan ganó en el Mediodía de Francia y en Flandes, lo perdió por otro lado con su carácter inconstante y caprichoso.

Acertadísima política fué de parte de Juan, crear á Inglaterra enemigos en el Sur que amenazarán á la Guiena y la Gascuña, haciendo alianza con el rey de Castilla, Pedro el Cruel, dándole en matrimonio una princesa francesa, Blanca de Borbon, y casando luego su hija con el rey Carlos de

Navarra, que como hijo de Juana, hija de Luis X, hubiera sido, á no oponerse á ello la ley sálica, el heredero mas inmediato al trono de Francia. Pero luego ofendió mortalmente á este mismo príncipe y le arrojó en brazos de Inglaterra faltándole indignamente á la palabra, no dándole el dote estipulado, que consistía principalmente en la concesion de algunos feudos muy ricos y vacantes. Despues, cuando Carlos de Navarra trató de hacerse justicia por sí mismo, le negó Juan hasta el condado de Evreux é hizo invadir la Navarra por sus feudatarios del Mediodía de Francia. Así obligó á su yerno á buscar el auxilio de Inglaterra y cuando conoció su error fué tarde, porque á pesar de su condescendencia tardía no pudo atraerse ya á Carlos de Navarra permanentemente.

Este fué el motivo que indujo á Eduardo III, cuando renovó la guerra, á dirigir su ataque con mas vigor que antes contra el Mediodía de Francia, encargando á su heredero, el príncipe de Gales, la reconquista del antiguo Estado patrimonial de la casa de Plantagenet. El príncipe Eduardo realizó en aquel país en la primavera del año 1355 una serie de brillantes hechos de armas. En rápida carrera ganó una ciudad tras otra ciudad y un castillo tras otro, aunque no sin manchar su nombre con bárbaras devastaciones. Su padre, el rey Eduardo III, que trató de penetrar en Francia por la parte de Calais, no hizo aquel mismo año gran cosa; pero en cambio el rey Juan se encontró en situacion muy apurada por falta de recursos. A fin de proporcionarse dinero convocó á los estamentos de las provincias del Norte á un parlamento que se reunió en Paris en el mes de noviembre; pero en él estalló con violencia el descontento acumulado contra el incómodo régimen aristocrático-feudal. El parlamento concedió al rey el impuesto sobre la sal y un subsidio sobre todas las compras y ventas que en adelante se realizaran, conforme el rey había pedido; pero se reservó la intervencion y vigilancia en la recaudacion y en la distribucion de los fondos recaudados, como también en el reclutamiento para el servicio de las armas, en el sueldo de la tropa y en la acuñacion de moneda, á cuyo fin acordó nombrar una comision permanente. Pareció que los estamentos franceses habían adoptado un programa conforme al manifiesto que Eduardo III había dirigido al principio de la guerra en el año 1339 al pueblo francés, y que en cambio de su cooperacion á la salvacion de la patria, querían obtener los derechos que disfrutaban las ciudades inglesas. Mas para lograr este objeto les faltó la union indispensable en tales casos. La errada política del gobierno de fomentar la oposicion entre la nobleza y las ciudades produjo sus fatales frutos: la nobleza y el clero concedieron cabalmente aquellas cargas que gravaban mas á las ciudades y esto avivó mas en ellas la oposicion. En algunos puntos del Norte de Francia hubo sublevaciones, y era de temer que los ingleses, si llegaban, serian recibidos como libertadores. Entonces se apresuró el rey, en union con la nobleza y el clero, á calmar la justa indignacion de las ciudades por medio de concesiones, y un nuevo parlamento reunido en la primavera del año siguiente, 1356, concedió para cubrir las necesidades del Estado una contribucion general sobre la riqueza. Pero esta contribucion, teóricamente justa, vino en la práctica á gravar principalmente sobre las clases media y baja.

En estos debates había tenido el rey en contra suya una parte de la nobleza, y de algunos oradores principales se decía que mantenían secretamente inteligencias con el rey de Navarra. El rey Juan los hizo prender súbitamente, formarles causa criminal y ejecutar por el verdugo. Hasta el mismo rey de Navarra, que fiado en la reconciliacion reciente había ido á visitar al delfín Carlos en Normandía, fué preso alevosamente, á pesar de sus protestas, por orden del rey Juan.

Entonces se alzaron indignados en armas los parientes y partidarios del rey de Navarra y los parientes y allegados de los ejecutados por alta traicion, y viéndose luego acosados por las tropas reales, solicitaron el auxilio inglés. Este auxilio no estaba lejós; el príncipe de Gales se hallaba ya en camino hácia el Loira con su pequeño ejército, despues de haber conquistado el Mediodía de Francia desde el Océano hasta los Pirineos y el Mediterráneo.

El Lemosin y el país de Berry sufrieron los rigores de la guerra tal como acostumbraba á hacerla el príncipe Negro, y para socorrerlos acudió el rey Juan con un ejército escogido en el cual figuraban los grandes vasallos, la flor de la nobleza francesa y los príncipes de la casa real. No dudaba el rey de que con tan numeroso y brillante ejército podría derrotar al príncipe inglés, el cual, efectivamente, con sus 6,000 ballesteros y 2,000 hombres de armas acorazados, no pensó sino en evitar el encuentro del enemigo, que llevaba quintuple fuerza. A este fin se dirigió otra vez al Sur para penetrar cuanto antes en la fuerte plaza de Burdeos; pero sin necesidad alguna perdió en el camino tres dias preciosos en el asedio de un castillo enemigo. Así fué que en la comarca de Poitiers le alcanzó el ejército del rey, que le cercó por todos lados. El príncipe inglés se dió por perdido y entró en negociaciones. Por un legado del Papa, que se le presentó en su campamento, hizo proponer un convenio tal, que no podía el rey pretenderlo mas ventajoso despues de una batalla ganada. Ofreció el príncipe restituir todos los castillos conquistados, dar libertad á todos los prisioneros y guardar una tregua de siete años, si se permitía á su ejército la libre retirada. Esto sin embargo pareció poco al rey Juan y á los suyos, dominados por el orgullo que les daba la seguridad de la victoria, y el rey pidió que el heredero de la corona de Inglaterra se constituyera con cien caballeros suyos prisionero de guerra. El príncipe Negro rechazó esta proposicion y para vender cara su vida tomó cerca de la aldea de Maupertuis una excelente posicion defensiva en aquella comarca cubierta de viñedo, matas y una red de setos vivos. Estas condiciones topográficas no permitían á la caballería francesa desplegar su fuerza y la obligaron á apearse, por lo menos en su mayor parte. Aun así, solo podían los franceses acercarse á la posicion enemiga por un camino estrecho, en el cual no podían avanzar sino pocos hombres de frente, expuestos sin defensa á las mortíferas flechas de los ballesteros ingleses. Vanos fueron todos los esfuerzos de los franceses para llegar á las líneas inglesas; una division tras otra fueron rechazadas en confusion, y los ingleses, que avanzaron tras ellos, rompieron las filas francesas. Al mediodía del 19 de setiembre estaba decidida la jornada; los franceses, sobrecogidos de pánico, se dieron á la fuga, pero las cercas, viñas y matas dificultaban la retirada y los vencedores los hicieron prisioneros. El número de éstos fué mucho mayor que el del ejército inglés, hallándose entre ellos también el rey Juan y su hijo menor Felipe. Entre los muertos se contaron cerca de 2,400 nobles. El rey fué tratado con los honores debidos, conducido á Burdeos y trasladado de allí á Inglaterra; los demás prisioneros nobles fueron en su mayoría puestos en libertad para que reunieran en su país la suma convenida por su rescate, lo que impuso á la Francia, exhausta ya de recursos, nuevos sacrificios despues de ver aniquilada su fuerza armada.

En el período de diez años sufrió la Francia dos desastres como no suelen tocar en tan poco espacio de tiempo á nacion alguna ni en sus épocas de mayor infortunio. Por segunda vez había recibido la nobleza feudal la terrible leccion destinada á quitarle la necia ilusion de representar ella sola la nacion francesa. Esta catástrofe hizo inevitable lo que

antes había ya anunciado: los elementos del pueblo francés en los cuales consistía ya desde mucho tiempo su fuerza y su porvenir se alzaron justamente indignados para salvar al país y á sí mismos de la ruina, y pidieron participacion en la direccion de la cosa pública. Con burlar sus deseos, con negarles neciamente toda concesion y quererles engañar y entretener por medio de promesas que nunca se cumplieron no se hizo mas que arrancarles del camino de las reformas legales y precipitarlos en el de la revolucion, de donde salió una larga cadena de árduas y costosas luchas políticas y sociales.

Aniquilada la fuerza armada noble ó feudal y prisionero el rey, eran menester sacrificios inmensos para crear nuevos medios de hacer frente al enemigo victorioso y rechazarle, y el pueblo no quiso hacer estos sacrificios en provecho del gobierno aristocrático-feudal que, desde casi treinta años, pesaba sobre la Francia. El ejemplo de Inglaterra había en-



Moneda de oro de Eduardo (el príncipe Negro), duque de Aquitania.

Anverso.—Inscripcion circular: † ED. PO. GNS. (primogenitus) REGIS. ANGLI. PNS. (princeps) AQITA. El centro lo ocupa la figura del príncipe, señalando con la mano izquierda la espada que sostiene levantada en la derecha.

Reverso.—Inscripcion circular: † AVXILIVM. MEVM. A. DOMINO. R. En el centro hay una cruz adornada de hojas de roble y de bellotas, con dos flores de lis y dos leones en sus ángulos.

Tamaño natural.—Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlin.

señado el camino de poner en actividad las fuerzas latentes del pueblo y aplicarlas á la reconstruccion del derruido poder político francés.

A pesar del mal resultado que le habían dado al rey Juan los parlamentos que había convocado, su hijo, el delfín Carlos, encargado de la regencia en aquellos tiempos aciagos, convocó un nuevo parlamento, de cuyos 800 miembros mas de la mitad eran representantes de ciudades. Reunidos éstos en Paris, dieron á una comision de su seno el encargo no de estudiar las disposiciones necesarias para proveer á la defensa de los territorios no ocupados todavía por el enemigo, sino de formular las quejas antiguas del país y proponer los medios de atenderlas debidamente en adelante. Estos medios propuestos consistieron, como en el año anterior, en el nombramiento de una comision permanente de los estamentos encargada de la vigilancia de la administracion del tesoro, por cuyo medio se esperaba poner orden en ella y disminuir las cargas que pesaban sobre el pueblo. En lo principal estuvieron de acuerdo los tres brazos, pues entre los defensores de las reclamaciones del parlamento figuraron el caballero Juan Piquigny, Roberto Lecoq, obispo de Laon, y Estéban Marcel, presidente del comercio de Paris. El delfín prorogó el parlamento con pretextos fútiles, para ver si entretanto podía alcanzar lo que deseaba de los estamentos de las provincias aisladamente, y al propio tiempo el auxilio de su tío el emperador Carlos IV; pero sus esperanzas salieron fallidas, y cuando vió que la actitud de la poblacion de Paris, que se había armado para rechazar á los ingleses si se presentaban delante de la capital, era cada vez mas amenazadora, temiendo que hiciera uso de sus armas contra el